

2559 a/c

Santiago, 4 de Junio de 1981.

Señor
Arturo Fontaine.
Director de "El Mercurio".
Presente.

Estimado Arturo,

En la "Semana Política" del 17 de Mayo, El Mercurio sostuvo la necesidad de "configurar una verdadera ética de la libertad", para lo cual señaló como muy importante que "haya debate elevado, recto y profundo sobre los grandes asuntos públicos".

Como una contribución a ese debate, te adjunto copia del estudio que he preparado sobre el art. 24 transitorio de la Constitución Política vigente, trabajo que leí ayer en un acto organizado por el Grupo de los 24.

Nadie puede negar que el tema constituye un "asunto público" de extrema importancia, puesto que afecta a la libertad y seguridad de todos los chilenos y a la vigencia en nuestro país de un Estado de Derecho. Y no pongo en duda que tú admitirás que no podrá haber jamás ninguna "ética de la libertad" si el debate público se limita a los adeptos al régimen y excluye la divulgación de las opiniones disidentes.

Estas reflexiones me mueven a esperar que "El Mercurio" de cabida en sus páginas al trabajo que adjunto. No se me escapa que es algo largo; pero si ese fuere el único problema, yo no tendría inconveniente en resumirlo a un tercio de su actual extensión.

En espera de tu respuesta, te saluda atte.

Tiempo Aprovechable

El régimen de libertad exige una ética individual más clara y sólida que la que demanden los regímenes despóticos. Hasta en el campo económico se precisa una moralidad más rigurosa y una responsabilidad más estricta por parte de los que actúan en los negocios cuando se trata de una economía de mercado, pues las regulaciones, fiscalismos y proteccionismos frenan las iniciativas e impiden, a la vez, los aciertos y las equivocaciones, lo que no ocurre en el régimen de libertad.

En el área política es lo mismo. En la medida en que los individuos han de decidir por sí solos su conducta social, mucho más relieve cobran su formación ética y su sentido del deber.

Este y los próximos años son la ocasión de configurar una verdadera ética de la libertad, que proporcione a los ciudadanos las herramientas para luchar por sí mismos en la afirmación de su carácter, de su valor personal, de su lealtad a la patria, de su solidaridad con sus compatriotas y de su espíritu de servicio a la causa nacional.

Nuestro país se salvará con el sacrificio de todos sus hijos y requiere de la colaboración de todos ellos. El impulso modernizador que está transformando nuestra sociedad no es un llamado al egoísmo, sino a la conciencia personal. Lo deseable sería que los chilenos estuvieran cada vez más emancipados de consignas y más sujetos a la moral de la libertad, en términos de que los deberes se cumplirían por convencimiento antes que como resultado de una coacción.

Para formar el ambiente moral que el país necesita, la acción de las universidades y del sistema educativo en general resulta determinante.

No queda ya mucho tiempo para que las universidades asuman el papel de verdaderas formadoras de los dirigentes del futuro en esta etapa

de la evolución del país. Estos no podrán renunciar a la honrosa tradición intelectual chilena, pero necesitarán una preparación adecuada para influir positivamente en una sociedad libre y evolucionada.

Gran parte de nuestras limitaciones políticas y económicas provienen de la dificultad casi crónica de algunos intelectuales para hacer de su trabajo un magisterio de bien público y de aprovechamiento de las virtualidades nacionales. El ejemplo ilustre de don Andrés Bello, que no dejó actividad valiosa en Chile sin guiar y estimular, debiera señalarse en este año del bicentenario de su nacimiento como el caso de una gran inteligencia dedicada a servir al país con notable abnegación. Es posible que el problema que anotamos surja en parte de la incapacidad de nuestras instituciones y autoridades para dar acogida a la inteligencia creadora, y no sólo del aislamiento de los intelectuales. El hecho es que la Universidad y la cultura necesitan líderes y guías de gran peso, a fin de orientar al país hacia las que debían ser sus preocupaciones centrales.

Se diría que la ausencia de luchas políticas abiertas tiende a atenuar en mucho la preocupación por los asuntos públicos y a convertir en formalismos no pocas de las grandes preguntas acerca del presente y del porvenir de Chile. La polémica ha bajado en general de nivel y son escasos los análisis morales o políticos cuya coherencia les permita influir en la mentalidad nacional.

Está haciendo falta un gran debate sobre el marxismo y sus principios, así como en torno a las aplicaciones prácticas de esta ideología en el mundo de hoy. Los marxistas teóricos han tenido que replantear muchos de sus puntos de vista frente a una problemática del todo diferente a la suscitada en las cabezas de Marx, Engels o Lenin. Los marxistas deberían seguirlos en sus nuevos mimetismos.

Cabe registrar como aportes valiosos a la ilustración de importantes asuntos públicos las participaciones de varios distinguidos profesores a torneos como el seminario sobre la Constitución de 1980, celebrado en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. Asimismo, debe reconocerse como muestra de espíritu público la labor de la Corporación de Estudios Nacionales, que ahora preside la señora Lucía Pinochet Hiriart, y que cuenta con una nutrida obra de estudios y publicaciones político-sociales. Sin pretender una enumeración exhaustiva de los esfuerzos que se realizan para el estudio de estos problemas, parece procedente señalar al Centro de Estudios Públicos, que preside el ex Ministro y embajador, señor Jorge Cauas, y cuyos foros e investigaciones están llamados a contribuir también al enriquecimiento de las ideas chilenas sobre la sociedad, la ley, el Estado y la persona.

En esta clase de estudios no suele reinar la unanimidad de pareceres y las ideas no se imponen ni con votaciones ni por medio de la fuerza. Es natural y sano que surjan diferencias de apreciación, ya dentro de los seminarios o centros de estudios, ya sea entre los diversos grupos de estudiosos entre sí. Lo que interesa es que haya debate elevado, recto y profundo sobre los grandes asuntos públicos. Ello debe ser así por la naturaleza misma de tales problemas y porque, además, las modernizaciones no son tan sólo cambios materiales o sociales; hay una transformación de la mentalidad que merece conocerse en todos sus aspectos; está naciendo una actitud moderna que debe ser ilustrada, consciente y éticamente bien inspirada. De ahí la necesidad de centros de reflexión que, desde dentro o fuera de la Universidad, ayuden a la tarea de esclarecer las ideas, de abrir las mentalidades y de formar a los futuros dirigentes. El temor siempre saludable de una vuelta atrás debería impulsar a muchos a mantenerse vigilantes.